
Emilia Bea

Stefania Tarantino, *ἀνευ μητρός/senza madre. L'anima perduta dell'Europa. María Zambrano e Simone Weil*, La Scuola di Pitagora, Napoli, 2014.

En un momento de profunda crisis del proyecto europeo, y precisamente porque toda crisis es una oportunidad para volver a empezar, celebramos la aparición del nuevo libro de Stefania Tarantino, que nos proporciona criterios con que enjuiciar la situación actual y tratar de abrir nuevos horizontes al pensamiento filosófico y a la práctica política, repensando Europa desde su propio origen. María Zambrano y Simone Weil son los hilos conductores para este reencuentro con las raíces frustradas de nuestra civilización, partiendo de la convicción de que estos vestigios ocultos y olvidados, no por aparentemente fracasados son menos reales que los que han resultado triunfantes en la cultura occidental.

El ensayo se enmarca dentro de la línea de investigación desarrollada desde hace años por la autora sobre la cuestión de la diferencia sexual en la historia de la filosofía y en el pensamiento político contemporáneo, de la que ya conocemos otros valiosos estudios centrados en diferentes pensadoras del siglo xx. Como ella misma expone en la introducción, el libro explora el lugar en que se funda la subordinación de lo femenino en la cultura occidental, tratando de salvar la posibilidad de ruptura y de cambio escondida tras ese dominio patriarcal. Su objetivo último es dar cuerpo al pensamiento frente a la violencia y la soberbia de la metafísica occidental, que, en su esfuerzo de conceptualización y objetivación, ha provocado la destrucción de aquellos antiguos saberes capaces de orientarnos hacia un nuevo ser en el mundo.

Como se indica en el título, las páginas del libro constituyen una serena e inquietante reflexión sobre qué significa «sin madre» referido a Europa y qué significa que Europa haya perdido el alma; dos preguntas radicales que solo la extrema lucidez de María Zambrano o de Simone Weil está a la altura moral y filosófica de poder afrontar. En ambas pensadoras la tradición órfico-pitagórica, patria de los orígenes bañada por el Mediterráneo e iluminada por la luz de Oriente, es una puerta entreabierta al misterio de la vida por la que todavía es posible transitar. Nada está definitivamente perdido, ya que, como indica Simone Weil, siempre nos queda la inspiración derivada de la compasión «por todo lo que está expuesto a las heridas de la fuerza», y, como dice María Zambrano, «nada de lo real debe ser humillado».

La primera parte del libro está dedicada a la filósofa española y a su voluntad de contrarrestar la escisión entre el pensar y el sentir, y su enorme poder sobre la realidad, con un saber del *alma* que se adentra en las *entrañas* de Europa para rescatar todo lo que no se ha realizado. A través de la mística, y muy en especial de san Juan de la Cruz, y mediante muy diversos motivos literarios y pictóricos,

Zambrano evoca el enamoramiento ante el objeto contemplado como fuente de conocimiento. Stefania Tarantino, música y filósofa, sabe captar y transmitir al lector esa sensibilidad ante la belleza capaz de desvelar la otra cara de lo real, oculta tras su aparente sordidez. Pitágoras, Sófocles, Séneca, Agustín de Hipona, Nietzsche... son figuras que conforman la galería mental de María Zambrano y que el libro recorre buscando su fisonomía entre las sombras, como destellos en la penumbra de la memoria.

La segunda parte se inicia con una aguda reflexión sobre la enfermedad idolátrica de Occidente siguiendo el diagnóstico de Simone Weil. Si la causa del mal es la fuerza —desplegada en los cuatro grandes obstáculos que, tal y como leemos en *L'Enracinement*, nos separan de una verdadera civilización: la falsa concepción de la grandeza, la degradación del sentimiento de la justicia, el culto al dinero y la ausencia de inspiración religiosa—, solo la atención creadora, que pasa por la *decreación* del yo y la aceptación del vacío, permite la sanación «a la luz de lo sagrado». Como señala Stefania Tarantino en las últimas páginas de su estudio, lo único irrenunciable es el deseo de infinito inscrito en la singularidad y la capacidad de consentir la existencia real del otro, «el acontecimiento no proyectado».

En las conclusiones del libro, María Zambrano y Simone Weil entran en diálogo gracias a la mediación de la poeta Cristina Campo, amiga de la primera y lectora y traductora de la segunda. En una época de «masacre universal del símbolo», ambas filósofas, por encima de sus diferencias, son testimonio de una «perfección perdida», que aún puede servir como medida del desasosiego contemporáneo y como cifra de nuestras aspiraciones. La materialidad del cuerpo materno es el punto de referencia que articula las coordenadas en que se sitúa el presente libro, pues, en definitiva, «¿qué otra cosa es la relación con la madre más que puesta en juego de un nacer y un renacer?». La frase del cantautor italiano Fabrizio De André que preside el libro nos proporciona una importante clave de lectura: «En la piedad que no cede al rencor, Madre, he aprendido el Amor».

Para acabar, además de recomendar que el libro sea leído y que sean meditados los numerosos textos citados, confiamos en que sea traducido al castellano y que alguna editorial española se anime a publicarlo, ya que nos hace falta un ejercicio de reflexión como el que se desarrolla a lo largo de sus páginas. Hoy más que nunca necesitamos dotarnos de instrumentos literarios y filosóficos que nos ayuden a *regenerar* Europa y a superar la orfandad materna que la ha desviado de sus propios orígenes.